

Los iluminados y sus sombras. Crítica de la guerrilla latinoamericana. 1960-1975

Mansilla, H. C. F.

H.C.F. MANSILLA: Cientista político boliviano. Doctorado en Filosofía por la Universidad Libre de Berlín, en la cual ha sido docente e investigador. Autor de numerosas publicaciones en alemán y español. Actualmente, catedrático en FLACSO-La Paz.

Los valores de orientación y las pautas de comportamiento cotidiano que predominaron en el movimiento guerrillero latinoamericano durante la etapa 1960-1975 (es decir: desde la revolución cubana hasta el fracaso relativo de las guerrillas rurales clásicas), eran adaptaciones de los padrones normativos propios de la herencia ibero-católica (autoritarismo, caudillismo, dogmatismo, tendencia a las jerarquías de mando y subordinación, machismo, etc.), padrones que fueron paradójicamente revitalizados por una recepción tecnicista del marxismo y, sobre todo, de la teoría leninista acerca de la organización del partido revolucionario. El resultado es un tipo de estructura social calcado en viejos moldes militares jerárquicos y autoritarios, que comparte la idea moderna de la factibilidad de las revoluciones y postula una revolución socialista basada, sintomáticamente, en la dilatación de funciones estatales, en el carácter altamente centralizado del nuevo régimen y en la preservación de una élite del poder privilegiada y no sometida al control democrático del pueblo.

Debido a que los movimientos guerrilleros latinoamericanos se conciben a sí mismos como una forma de contraviolencia, dirigida contra la fuerza represiva de un sistema aparentemente aborrecible, parece conveniente considerar a la lucha guerrillera como una reacción adecuada a la violencia estructural¹, estimada como la característica determinante de una sociedad no emancipada. El teorema de la violencia estructural se funda, empero, sobre una difusidad fundamental², que impo-

¹Johan Galtung: *Strukturelle Gewalt* (= Violencia estructural), Reinbek: Rowohlt, 1975, *passim*; elementos similares en la obra de Alain Touraine: *La parole et le sang* *Politique et société en Amérique Latine*, Jacob, Paris, 1988, pp. 361-363; Reiner Steinweg (comp.): *Faszination der Gewalt* (= Fascinación por la violencia), Frankfurt, Suhrkamp, 1983.

²La igualación entre injusticia social y uso de la fuerza conduce a trivializar el concepto de violencia: Peter Waldmann: *Strategien Politischer Gewalt* (= Estrategias de violencia política), Stuttgart, Kohlhammer, 1977, pp. 7-9.

sibilita el conocimiento del carácter específico del movimiento guerrillero y de sus implicaciones socio-psicológicas y político-culturales.

Aquí se usará un concepto más corriente de violencia: se la concibe primordialmente como la renuncia a la comunicación oral, a la que es inmanente la probabilidad de una confrontación corporal inmediata; se manifiesta mayormente en la consecución física de pretensiones y expectativas definidas unilateralmente. Además, el movimiento guerrillero corresponde a una reacción contra la violencia institucional³, la que tiene como contenido no solamente el deterioro de vidas y bienes, sino que engloba también relaciones de subordinación permanentes y legalmente aseguradas (como las exigencias de respeto y cumplimiento que poseen las instancias estatales con respecto a los ciudadanos). La lucha guerrillera representa, entonces, una forma de uso inmediato de violencia con un cierto efecto social, basado en una renuencia radical a la lealtad hacia el Estado respectivo y en el rechazo de todo diálogo político.

En el marco del presente trabajo se deja a un lado completamente la determinación conceptual exacta y la investigación analítico-descriptiva del movimiento guerrillero latinoamericano⁴. Si se mencionan las causas de este fenómeno y algunos de sus productos teóricos, entonces se lo hace únicamente porque éstos revelan algo que podría calificarse como las pautas de pensar y de comportarse de los partidarios de la guerrilla. Uno de los motivos para el movimiento guerrillero se lo puede hallar en los aspectos socio-psicológicos, en las ideas sobre la historia y en las normas colectivas que determinan el medio y los esquemas mentales en los que se mueven los revolucionarios y que se manifiestan en el modo como éstos se rebelan contra lo establecido. La combinación de estos elementos con ideales social-revolucionarios y con una tradición específica del uso de la fuerza ha suministrado probablemente el fundamento del cual han surgido los movimientos guerrilleros latinoamericanos.

³El concepto es de Peter Waldmann, *ibid.*, p. 10.

⁴Sobre esta temática existe entre tanto una literatura muy amplia. Cf. sobre todo: Fritz René Allemann: *Macht und Ohnmacht der Guerrilla* (= Poder e impotencia de la guerrilla), Munich, Piper, 1974; Richard E. Kiessler: *Guerrilla und Revolution. Parleikommunismus und Partisanenstrategie in Lateinamerika* (= Guerrilla y revolución. Comunismo de partido y estrategia guerrillera en América Latina), Bonn, Neue Gesellschaft, 1975; James Kohl/ John Litt (comps.): *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*, Cambridge, M.I.T. Press, 1974; Robert F. Lamberg: *Die Guerrillas in Lateinamerika. Theorie und Praxis eines revolutionären Modells* (= Las guerrillas en América Latina. Teoría y praxis de un modelo revolucionario), Munich, dtv, 1972; Julio Barreiro: *Violencia y política en América Latina*, México: Siglo XXI, 1971; Gérard Chaliand: *Stratégies de la guérilla. Guerres révolutionnaires et contre-insurrections*, Paris, Gallimard, 1984; Ernest A. Duff / John F. McCamant: *Violence and Repression in Latin America. A Quantitative and Historical Analysis*, The Free Press, Nueva York/Londres, 1976.

Como ocurre frecuentemente, la importancia de esfuerzos teóricos, declaraciones programáticas y análisis políticos no reside ciertamente en un mejor conocimiento del objeto investigado ni en el bosquejo de una solución aceptable para problemas existentes, sino en lo que estas «obras» revelan acerca de los prejuicios, las expectativas y las actitudes básicas de sus autores.

Las reflexiones siguientes tratan de esta temática, que no ha sido estudiada exhaustivamente por la investigación relativa a la revolución y a la violencia en el ámbito latinoamericano. Una indagación crítico-ideológica de los productos teóricos de los guerrilleros y de sus concepciones básicas sobre la realidad socio-económica de América Latina puede contribuir a un esclarecimiento del problema de la identidad de estas naciones, que está muy unido al rol constitutivo de la violencia, y a una explicación de los modelos repetitivos de comportamiento de la clase política del Nuevo Mundo. La lucha guerrillera no es sólo una vía militar e inequívocamente violenta hacia la conquista del poder político, sino también una filosofía específica de la vida, que reúne en sí formas extremadamente marcadas de las normas tradicionales de comportamiento y que, por ende, descubre involuntariamente algunos rasgos de lo que estos movimientos se imaginan sobre la anhelada revolución.

La factibilidad de revoluciones

La lucha guerrillera, incluyendo su variante socialista, no es un fenómeno reciente⁵. Pero su significación a nivel continental reside en la difusión que ha tenido a partir del triunfo de los revolucionarios cubanos (1958/1959). Juntamente con esto se originó una de las características de las guerrillas urbanas y rurales, que desde entonces se convirtió en un elemento esencial de la identidad de estos movimientos: su índole antiimperialista, su ideología socialista-revolucionaria y su anhelo de edificar un orden social inspirado esencialmente por el modelo cubano. Estas metas se basan sobre la concepción de que la realidad latinoamericana exige una solución socialista, que ésta última es sencillamente inminente y que puede ser puesta en práctica por un grupo de revolucionarios profesionales decididos.

La justificación existencial del movimiento guerrillero latinoamericano está sujeta al intento de representar una vía particularmente rápida y eficiente para la conquista del poder político y de ofrecer una solución óptima para todos los problemas del subdesarrollo, especialmente en la consecución de una justicia social per-

⁵Antes de la Segunda Guerra Mundial hubo, por ejemplo, guerras de guerrillas muy extensas en el Brasil y Nicaragua. Cf. Alleman: op. cit. (nota 4), pp. 25-57.

manente. Mientras que la conquista de estos aspectos en los terrenos del desarrollo, el progreso y la justicia social está ligada a la construcción de un modelo de socialismo estatal, anticipado ya en todas sus características esenciales por el socialismo existente en las metrópolis de este signo, el movimiento guerrillero latinoamericano pretende encarnar una vía autónoma únicamente en lo que se refiere a los métodos de lucha hasta el momento de la toma del poder y a la conformación de elementos secundarios de la vida política.

Estos últimos adquieren, a pesar de su naturaleza bastante marginal, una significación mucho mayor de lo que les correspondería por derecho en el contexto de los procesos sociales, porque el énfasis en lo propio, autóctono y autodesarrollado conserva un mínimo de particularidad nacional y alimenta la ilusión de una creación original en las políticas de desarrollo. La fuerza de atracción del movimiento guerrillero sobre intelectuales descontentos reside en su capacidad de ofrecer aparentemente una salida a los anhelos colectivos de autonomía, originalidad y de una bien fundada identidad nacional; la formación de esta identidad presupone, además, la inclusión, repetida y abundante, de la violencia física inmediata, la que representa una constante profundamente enraizada y positivamente reputada de la tradición ibero-católica.

La implementación de estas tareas autoimpuestas tiene lugar mediante formas de violencia fundadas en antiguas tradiciones y en elementos autóctonos, pero está canalizada por la «moderna» imagen de la factibilidad de las revoluciones, es decir, de la planificación consciente y la ejecución racional de las mismas. Este rasgo tecnocrático y la estructuración interna del movimiento guerrillero indican su cercanía a la concepción leninista del partido y, por lo tanto, a las formas contemporáneas de organización burocrático-instrumentalista. Esta concepción presupone la convicción de que el partido encarna una maquinaria altamente perfeccionada, eficiente y confiable para ejecutar complicadas tareas sociales, capaz de lograr éxitos notables mediante esfuerzos relativamente pequeños; en este contexto se dan igualmente la certidumbre de que los gremios rectores de tales aparatos pueden suministrar un análisis siempre válido de la realidad social y determinar instrucciones para actuar liminarmente correctas. En este caso se correlaciona la creencia moderna en la omnipotencia de la organización adecuada con la teoría de la infalibilidad del partido y de sus conductores, los revolucionarios de profesión.

La concepción de democracia

En analogía a la concepción leninista del partido, los dirigentes y teóricos del movimiento guerrillero latinoamericano parten de la presunción de que la evolución socioeconómica de estos países exige la transición inmediata al socialismo, que la lucha guerrillera es el método cabal para la conquista del poder y que el propio grupo tiene la obligación de tomar la dirección de este proceso. Naturalmente que ni Lenin y sus sucesores nunca dieron su aquiescencia a la guerra de guerrillas, pero tanto su partido como las guerrillas comparten la convicción en la factibilidad de revoluciones por medio de procedimientos eminentemente políticos, conspirativos y técnico-organizativos. La legitimidad de ambos fenómenos se mantiene y cae con la misma pretensión, a saber, con la suposición de la veracidad de la propia teoría y la necesidad del rol dirigente de la propia organización.

Para un examen crítico-ideológico de esta tendencia resultan ser de capital importancia las presuposiciones y las precondiciones que han adquirido el valor de obvias y que constituyen, por ende, el fundamento de todos sus trabajos teóricos y programáticos. Primeramente, hay que señalar que todas las declaraciones de los diversos grupos guerrilleros y de sus pensadores se distinguen por el carácter incontestable que atribuyen a la «crisis insoluble» de las sociedades latinoamericanas; igualmente indiscutible es la índole de la revolución socialista - siguiendo el modelo cubano -, cuya necesidad absoluta postula esta corriente. La crisis del orden existente y, sobre todo, la inminencia de una situación ya revolucionaria, no son las conclusiones de un análisis cuidadoso, sino los puntos de partida de toda argumentación. El tomar partido por la vía socialista no es el resultado de una larga reflexión científica, examinando y ponderando posibilidades, alternativas y obstáculos, sino más bien el comienzo generalmente aceptado de todos los esfuerzos del pensamiento; éstos últimos adoptan carácter de meras ilustraciones, que comentan algunas presunciones básicas decretadas a priori.

Un pensamiento que está determinado hasta tal grado por lo obvio denota una afinidad notoria con sistemas dogmáticos y se inclina irremediamente al fomento de pautas autoritarias de comportamiento y a imposibilitar normas democráticas. Su cercanía a la concepción leninista del partido se manifiesta igualmente en la convicción de que el gremio rector de la guerrilla posee el monopolio del saber y de las decisiones correctas, y que las masas actúan convenientemente cuando ejecutan escrupulosamente las órdenes de arriba. La dirección de la guerrilla nunca ha puesto en cuestión su privilegiada posición dentro del movimiento respectivo; debido a una pretendida superioridad en conocimientos y en facultad decisoria

con respecto a sus miembros sencillos y a la totalidad de las masas subprivilegiadas, el gremio rector ha insistido continuamente en sus derechos a comandar, justificándolos con el mismo argumento. Todas las corrientes de este movimiento sostienen que poseen el derecho y la obligación de iniciar entre las masas un proceso de aprendizaje para que éstas lleguen a comprender la negatividad del sistema establecido y la bondad de las soluciones propugnadas por la guerrilla⁶. En el mejor de los casos, las guerrillas se guían por una estrategia que está destinada a los intereses de las masas, pero que no prevé la participación política de las mismas. La legitimidad del movimiento se relaciona con su pretensión de conducir la «correcta» lucha revolucionaria de liberación en frente de una situación sociopolítica que, según sus teóricos, contiene ya todos los elementos para empezar con la construcción del socialismo.

Estas expectativas quiliásticas acerca del fin inminente del orden tradicional y del comienzo sano de un mundo socialista perfecto no son generalmente compartidas por las masas dependientes. Los revolucionarios de profesión se sienten entonces obligados a explicar a las masas una y otra vez sus ideas y decisiones que, según ellos, son las únicas que pueden tener éxito⁷. Significativamente, el trabajo político fue definido por Ernesto Ché Guevara como el intento de «explicar» a las masas tanto tiempo las indicaciones de arriba, hasta que éstas las consideren como propias⁸. Esta concepción es el testimonio de un marcado paternalismo, de acuerdo al cual la iniciativa de la dirección de la guerrilla o del partido es siempre la mejor imaginable y la más adecuada a los intereses populares. Pero también en los casos en que no se subraya la infalibilidad del gremio rector, la distribución del saber y de la facultad decisoria - y, por tanto, del poder en sentido amplio - queda evidentemente desplazada a favor de la dirección: las masas son concebidas como un fenómeno más bien amorfo, que poseen a veces ocurrencias e informaciones valiosas, pero que no tienen la facultad de diseñar las grandes líneas de la estrategia a largo plazo, no disponiendo de los conocimientos necesarios acerca del curso de la historia universal. Entre las convicciones tácitas, pero muy efectivas de los guerrilleros, se halla la suposición de que solamente ellos están capacitados para perci-

⁶CL Kiessler: op. cit. (nota 4), pp. 7 ss, 14. Algunos datos en la obra monumental referida a Colombia de Daniel Pécaut: *L'ordre et la violence*, Paris, EHESS, 1987, *passim*; con referencia al Perú cf. Felipe McGregor et al. (comps.): *Siete ensayos sobre la violencia en el Perú*, APEP/Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1987.

⁷cf. por ejemplo Carlos Romeo: «Revolutionary Practice and Theory in Latin America», en: Irving Louis Horowitz et al. (comps.): *Latin American Radicalism. A Documentary Report on Left and Nationalist Movements*, Nueva York, Random, 1969, p.593.

⁸Ernesto Ché Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba» en: Roberto Fernández Retamar (comp.): *Obra revolucionaria de Ernesto Che Guevara*, México, Ed. Era, 1967; sigue siendo importante la crítica de Günter Maschke: *Kritik des Guerrillero. Zur Theorie des Volkskrieges* (= Crítica del guerrillero. Sobre la teoría de la guerra popular), Frankfurt, Fischer, 1973.

bir los verdaderos anhelos del pueblo y las necesidades ineludibles de los procesos históricos, lo que fundamentaría la pretendida superioridad moral del movimiento guerrillero sobre otras formas de la lucha política⁹.

Dogmatismo fundamental

La fe apenas relativizada en la ortodoxia de la propia misión mejoradora del mundo se correlaciona con un dogmatismo fundamental, con una actitud elitaria con respecto a las instancias inferiores de la organización y con un tratamiento paternalista de las masas dependientes. Tanto los críticos como antiguos participantes del movimiento guerrillero han llamado la atención hacia el nexo de compasión y autoritarismo existente entre los guerrilleros y los campesinos¹⁰; quién mandaba y quién obedecía estaba claro en todos los grupos desde un comienzo.

La estructura interna de la guerrilla, tanto en sus variantes rurales como urbanas, se basa en un orden estrictamente jerárquico, que consiste, en analogía al partido de tipo leninista, en un eslabonamiento de mando inequívoco de arriba hacia abajo y en la vaga posibilidad, apenas practicada en la realidad, de elegir las instancias superiores desde los niveles inferiores. Esta jerarquía piramidal conlleva la atribución de los más amplios poderes y de toda clase de privilegios al gremio rector, mientras que a las masas les toca la gran responsabilidad de llevar a la práctica las decisiones de la autoridad revolucionaria. Obediencia, perseverancia, sumisión y diligencia se convierten entonces en valores de orientación positivos, confirmados por las necesidades de la situación militar; todos los grupos guerrilleros son proclives al establecimiento de tribunales severos y de castigos duros para sancionar faltas y omisiones¹¹. Cuando la obediencia militarizada se transforma en una virtud central, entonces queda poco espacio para el florecimiento efectivo de procedimientos democráticos - consecuentemente, Debray se opuso a una «democracia

⁹Cf. Kiessler: op. cil. (nota 4), p. 202; sobre lo militar como paradigma de dominio político cf. Ulrich Widmaier: *Politische Gewaltorientierung als Problem der Organisation von Interessen* (= La orientación política de la violencia como problema de la organización de intereses), Meisenheim, Hain, 1978, pp. 218 ss.

¹⁰Lamberg: op. cil. (nota 4), p. 51; Héctor Béjar: *Perú 1965: Apuntes sobre una experiencia guerrillera*, La Habana, Casa de las Américas, 1969, cap. 7. J. Arenas escribió que la guerrilla en Colombia tuvo que impregnar a los campesinos la conciencia de clase correcta para que éstos comprendieran por fin su propia situación. Arenas: *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN colombiano*, Bogotá: Tercer Mundo, 1971, p. 43; cf. también: Ricardo Lara Parada / Oscar Castaño: *El guerrillero y el político*, Oveja Negra, Bogotá, 1984.

¹¹Obediencia ciega con respecto a los superiores y severas penas para todo error exigieron asimismo los teóricos de la guerrilla urbana uruguaya: cf. Anlonio Mercader / Jorge de Vera: *Los Tupamaros. Estrategia y acción*, Omega, México, 1971, p. 99. J. Arenas informó sobre los privilegios de los jefes, la dureza de los castigos, la falta de solidaridad entre los miembros de la organización y el énfasis en las virtudes tradicionales. (Cf. Arenas, op. cil. [nota 10], pp. 120, 125, 135 ss., 159 ss.).

discutidora» en los grupos guerrilleros y recomendó más bien la prioridad de los puntos de vista militares¹².

El movimiento guerrillero latinoamericano se ha destacado por una forma particular del autoritarismo elitario, que engloba la utilización intensa de violencia física inmediata, denotando simultáneamente una cercanía innegable a las tradiciones seculares del área latinoamericana en lo concerniente a los antagonismos sociales. Se trata de la tendencia a la militarización de toda la lucha revolucionaria: los teóricos de la guerrilla rural han hecho un significativo aporte a la tecnificación de la guerrilla en el sentido de emprender y enjuiciar todas las actividades y medidas de la organización según el criterio de la efectividad militar¹³. Se ha reprochado, con todo derecho, a la importante obra de Régis Debray: *Revolución en la revolución*¹⁴, el haber esbozado una estrategia para la toma del poder que se agota en cuanto tal en el terreno de lo técnico-militar, por lo que tiene poco en común con los problemas de una revolución social. La subordinación de todas las tareas de la lucha revolucionaria bajo puntos de vista táctico-militares conduce obligatoriamente a una separación de la guerrilla con referencia a las masas subprivilegiadas, que pierden así toda posibilidad de identificación con aquellos partidarios del efectivismo militarista.

Esa subordinación constituye igualmente el núcleo de la teoría de la guerrilla urbana de Carlos Marighella, quien, de manera aún más marcada que Debray, creía en la omnipotencia y en la resonancia social de la perfección técnico-militar, con la cual él quería dotar a la violencia revolucionaria¹⁵. Otras agrupaciones con éxito momentáneo, como los Tupamaros en el Uruguay, subrayaron en sus declaraciones los aspectos «estratégico-políticos» de la lucha al lado de los meramente «estratégico-militares», pero los primeros permanecen sintomáticamente nebulosos e ine-

¹²Régis Debray: *Revolution in der Revolution?* (= ¿Revolución en la revolución?), Munich, Trikont, 1967, pp. 123 ss. Debray se manifestó sintomáticamente por una jerarquía estrictamente piramidal dentro de las organizaciones guerrilleras (ibid., pp. 49 ss.); según J. Arenas, la disciplina reemplazó toda forma de democracia en la guerrilla colombiana; no habian prácticamente discusiones internas, y menos aún en los rangos inferiores. (Arenas: ibid., pp. 159 ss.)

¹³CL sobre esta temática: James Pelras: «Debray: Revolutionary or Elitist?», en: Leo Huberman / Paul M. Sweezy (comps.): *Regis Debray and the Latin American Revolution*, Nueva York/Londres, Monthly Review Press, 1968, pp. 106-114; Joao Quartim: *Leninistlll or Militarism?*, en: Kohl / Litt(comps.): op. cil. (nota 4), pp. 149-157; Lamberg: op. cil. (nota 4), pp. 20-25.

¹⁴La importancia de esta obra reside en el hecho de que gozó por largo tiempo del reconocimiento oficial del gobierno cubano y que reproducía a nivel intelectual las ideas de una parte muy grande de los entonces movimientos guerrilleros latinoamericanos. Cf la introducción de carácter oficioso de Robeno Fernández Retamar, donde se mencionan algunos detalles de este reconocimiento de parte de la jefatura cubana: Debray: op. cit. (nota 12), pp. 5-7.

¹⁵Carlos Marighella: *Questions of Organization; Problems and Principles of Strategy, y Minimanual of the Urban Guerrilla*, los tres ensayos en Kohll . Liu (comps.): 01'. cit. (nota 4), pp. 73-135; crítica a estos planteamientos en: Lamberg: op. cit. (nota 4), pp. 205 ss.

xactos, mientras que los últimos se agotan en instrucciones para actos de sabotaje, represalias, ataque y engaño, a los cuales se les atribuye una significación social sobresaliente¹⁶.

La militarización de la lucha política permite reconocer un cierto modo de la utilización de la violencia, que prolonga algunos elementos de la tradición ibérica, del caudillismo latinoamericano y del comportamiento anómico de protesta y que los cohesionan simultáneamente como «derecho a la rebelión justa»¹⁷. La tradición latinoamericana es muy rica en fenómenos del uso inmediato de la violencia y muy pobre en procedimientos de la regulación pacífica de conflictos y en la resolución mediata de intereses controvertidos, así que la guerra de guerrillas puede proseguir una vieja tendencia. Pero esto ocurre, como corresponde a la época, dentro del marco de una predecisión por el modelo de socialismo estatal y de acuerdo a los criterios modernos de eficiencia y éxito. Fascinada por los aspectos de la cultura occidental de los cuales carece, como la minimización del esfuerzo y la actuación controlada instrumentalmente por el éxito, la conciencia colectiva de los revolucionarios se inclina por una adopción unilateral de esos valores y normas, que, en este nuevo contexto, sirven exclusivamente a la militarización. El resultado es esa combinación híbrida de los aspectos tradicionales de una corriente autoritaria e iliberal con soluciones contemporáneas tecnicistas, que sigue imposibilitando la formación de un consenso democrático convenientemente amplio y perpetuando el rol de la violencia inmediata como el método usual de la regulación de conflictos, pero esta vez en nombre de una supuesta liberación popular.

El movimiento guerrillero puede fundamentarse con la conciencia tranquila en la larga historia latinoamericana de índole autoritaria y antidemocrática, evitando el surgimiento de una conciencia crítico-política y manteniendo los elementos de un orden patriarcal y violento bajo el manto de progresividad y autoctonismo.

El nexa de soluciones militar-tecnicistas con autoritarismo político-cultural genera, en realidad, un sistema social altamente centralizado y antipluralista, del cual la conciencia colectiva espera la superación de todos los problemas económicos y sociales inherentes al desarrollo. La revolución cubana anticipó ya la militarización

¹⁶CL Mercader I Vera: op. cit. (nota 11), pp. 13-21, 25, 46-59, 96; igualmente en la obra de autor colectivo: *Nous les tupamaros*, París, Maspero, 1972, pp. 9 ss., 186 ss.

¹⁷Orlando Fals Borda: *Las revoluciones inconclusas en América Latina 1809-1968*, México: Siglo XXI, 1968, p. 49. Fals Borda concibe al movimiento guerrillero como una corriente de protesta social que reunía en sí elementos subversivos y utópicos y que actuaba como una forma aceptable de *contra-violencia* con funciones emancipatorias e igualitarias. Para una crítica a esta posición, muy difundida hasta ahora entre intelectuales latinoamericanos, cf Kiessler: op. cit. (nota 4), p. 305.

de terrenos civiles, para lograr la eficiencia, el orden y la sistemática del aparato militar en el campo de la producción¹⁸.

Lo que esta tendencia entiende por democracia y participación, consiste, en el fondo, en el fortalecimiento de la cohesión social, el fomento de la lealtad hacia la jefatura revolucionaria y el disciplinamiento de las masas trabajadoras, envuelto todo esto por declaraciones verbales en favor de la «verdadera» democracia. Esta concepción de democracia del movimiento guerrillero no inducirá probablemente un proceso libre de formación de opiniones y voluntades políticas, el que presupone la vigencia y el ejercicio de los derechos políticos: la democracia es impensable sin discusión, y ésta exige la libertad de disentir. Análogamente a la mayoría de las corrientes socialistas y nacionalistas de izquierda en América Latina, los movimientos guerrilleros ocasionan una confusión nada casual entre sentimientos y conciencia política y una identificación del entusiasmo de las masas con una participación política efectiva de la población, por lo cual la interrupción del empleo autoritario de la violencia queda reservada a un futuro incierto.

En el movimiento guerrillero latinoamericano, la concepción acerca de la factibilidad de las revoluciones es acompañada por una forma determinada del uso de la fuerza: a la lucha se le atribuye la función de un catalizador, que conduce las tendencias rebeldes latentes a una explosión real, y la potencialidad de un ejemplo irresistible, que provocaría una multitudinaria imitación. Todas estas agrupaciones alimentan la esperanza de que las masas urbanas o rurales van a reconocer en ellas su propia vanguardia y van a hacer causa común con ellas; esperan no sólo un apoyo relativamente espontáneo de parte de la población subprivilegiada, sino también la difusión y el agrandamiento crecientes de las unidades guerrilleras, como resultado de sus acciones demostrativas de lucha¹⁹. Esta «filosofía de la acción» deja reconocer un activismo teñido de voluntarista, enlazado, por un lado, con la tradición ibero-católica y, por otro, con estructuras sociales donde la apatía social es un fenómeno masivo muy usual; el activismo surge en este último contexto como una reacción tan desesperada como frecuente. El activismo proviene de una concepción elitaria de sí mismo: debido a la ventaja en el saber y a los mejores conocimientos, los guerrilleros estarían en la facultad de enseñar a las masas el cami-

¹⁸Sobre la primera fase de la militarización de la revolución cubana cf. René Dumont: *Cuba, est-il socialiste?*, Paris, Seuil, 1970, *passim*; también Kiessler: *ibid.*, pp. 9, 437 ss.

¹⁹ Este aspecto *demonstrativo* (que propende a un ensanchamiento de las propias filas mediante la denuncia socialmente efectiva de las injusticias reinantes) es complementado por un aspecto *comunicativo* del uso de la fuerza insurreccional. Cf. Waldmann: *op. cit.* (nota 2), p. 24; cf. también Daniel Pécaut: «Guerrillas et violence: le cas de la Colombie », en: *Soci%giedu Travail*, vol. 28 (1986), N° 4, pp. 484-505.

no correcto; éstas últimas, ahora con los ojos abiertos, no podrían hacer otra cosa que plegarse a la lucha guerrillera²⁰.

Esquemas de pensamiento y actuación

Uno de los rasgos fundamentales de la concepción activista-voluntarista consiste en una relativa desatención de las condiciones objetivas y en una sobrevaloración correspondiente de la propia actuación. Por lo tanto, la lucha misma de los rebeldes crearía las condiciones de la revolución cuando éstas no estén dadas aún. Al foco guerrillero inicial y estrictamente delimitado se le atribuye la capacidad de modificar las circunstancias sociales y políticas de una sociedad determinada de manera inmediata, duradera e irrevocable y en dirección a un agravamiento revolucionario de la situación²¹. En la mayoría de los casos latinoamericanos, esta concepción ha demostrado ser completamente insostenible, pero la vigencia y difusión continuadas de estas ideas indican su vigor y sus raíces profundas en la conciencia colectiva. Cuando los fracasos, sin embargo, provocan sólo alteraciones relativamente limitadas de la estrategia revolucionaria (como el cambio de la estrategia del foco rural a la guerrilla urbana conspirativa), que permanecen dentro del ámbito técnico-militar, entonces se puede llegar a la conclusión de que las convicciones de los jefes guerrilleros son accesibles a argumentos crítico-rationales sólo en un grado muy reducido.

El activismo posee además otras características. La subvaloración de la situación objetiva seduce muy pronto a un análisis simplificado y hasta frívolo de las cuestiones socioeconómicas, máxime si la propia actividad revolucionaria debería alterar esa realidad. Hasta cientistas sociales de marcada orientación izquierdista han criticado severamente a los teóricos principales de la guerrilla rural a causa de su concentración en la única acción de índole revolucionaria y redentoria: los escritos de la guerrilla no tendrían ningún carácter científico, sino únicamente propagandístico y sería vano buscar en ellos un análisis serio de la estructura de clases y de las particularidades de los países latinoamericanos²². Debray sobre todo habría tratado de liquidar definitivamente la función de la teoría revolucionaria; habría tri-

²⁰Ernesto CM Guevara y muchos otros teóricos y prácticos de la guerrilla han estado firmemente convencidos de las consecuencias casi automáticas de la «propaganda armada». Cf. Jean Ziegler: *Erinnerungen an Che Guevaras Guerrilla in Africa* (= Recuerdos del Che Guevara Guerrillas en Africa), en: H.R. Sonntag (comp.): *Che Guevara und die Revolution* (= Che Guevara y la Revolución), Frankfurt, Fischer, 1968, p. 69.

²¹CL Alleman: op. cit. (nota 4), p. 392; Kiessler: op. cit. (nota 4), pp. 374 ss.; Lamberg: op. Cit. (nota 4), p. 18. Testimonios de la guerrilla urbana: Mercader I Vera: op. cit. (nota 11), p. 46; algunos datos muy interesantes en la obra fundamental de PaulOquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1978; testimonios de la jefatura guerrillera en: Michele Flouret (comp.): *La guerrilla en Hispanoamérica*, Paris, Mouton, 1976.

vializado la importancia del pensar y hasta la de la experiencia, como si se tuviese que hacer todo por vez primerísima²³.

«Tinte voluntarista»

La autovaloración excesiva de los dirigentes, la aceptación de un ordenamiento estrictamente jerárquico, el tinte voluntarista de todas las acciones y la posición básicamente elitaria de los guerrilleros se ha mezclado con las pautas tradicionales de comportamiento en forma muy peculiar, dando origen a elementos de índole inequívocamente totalitaria. El dogmatismo, el celo sectario y las imágenes irracionales de autoridad y dominación, prevalecientes en estas agrupaciones, tienen mucho que ver con aquellas actitudes fundamentales, propias de la mentalidad conspirativa. A pesar - o justamente a causa - de la superficialidad y pobreza de sus enfoques teóricos, los partidarios de la guerrilla son proclives a castigar las más mínimas divergencias de opinión con la mayor severidad y a considerar ideas discrepantes como herejías dignas de condenación. Estas últimas alcanzan la categoría de las faltas más graves; la libertad de crítica ha sido equiparada en todos los tiempos con el cuestionamiento de las estructuras jerárquicas del poder, y los detentadores de éste no le han tenido demasiada simpatía. En último término, también en el mini-universo de la guerrilla se trata de mantener ciertas estructuras dominacionales, pero esto ocurre en un ambiente de dogmatismo, violencia inmediata y expectativas quiliásticas; esta constelación ha fomentado fenómenos como la intolerancia, la rigidez jerárquica y la mentalidad de súbdito, que pertenecen por cierto a la vida cotidiana de América Latina, pero que son conservadas en el mundo guerrillero bajo un barniz de revolución social. En algunos grupos esto ha conducido a que las diferencias de opinión hayan sido «arregladas» con el fusilamiento de los disidentes y con la persecución más rigurosa de los sobrevivientes que mantenían sus ideas heterodoxas; el Ejército de Liberación Nacional de Colombia ha alcanzado una triste celebridad a causa de la «disciplina» imperante en sus filas - el número de sus miembros, que han pagado con la vida su desviación de la línea general, no es precisamente muy bajo²⁴, pero aún muchas de estas víctimas estaban convenci-

²²CL entre otros: A.G. Frank I SA. Shah: *Class, Politics, and Debray*, en: Huberman I Sweezy (comps.): op. cil. (nota 13), pp. 12 ss; muy rico en materiales es el libro de James D. Henderson: *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la violencia en metrópoli y provincia*, El Ancora, Bogotá, 1985.

²³Cléa Silva: *The Errors of the Foco Theory*, en Huberman I Sweezy (comps.): *ibid.*, pp. 22 ss.; Marcelo de Andrade: «*Considérations sur les Theses de Régis Debray*», en: *Les Tempes Modernes*, vol. 1969, W 275, pp. 2.008-2.036.

²⁴Arenas: op. dI. (nota 10), pp. 46, 52 SS., 59, 112,124,130,136,149,152,160,175 SS.; J. Arenas: *Dans la guérilla*, Palls, Calmann-Lévy, 1972, pp. 13 SS., 46,57, 148, 174 178,203,235,254; cf. las obras básicas: Gonzalo Sánchez / Ricardo Peil'aranda (comps.): *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Bogotá, CEREC, 1986; algunos datos sobre la situación paralela en el Perú: Diego García Sayán (comp.): *Democracia y violencia en el Perú*, Lima, CEPEL, 1988.

das de la corrección de las medidas tomadas por el tribunal de honor y se ofrecieron voluntariamente a cavar la propia tumba poco antes del fusilamiento.

La combinación de culto al dirigente con dogmatismo contribuye al renacimiento del caudillismo latinoamericano y a la consolidación de una élite de comando, que en la praxis no debe justificarse ante nadie y que toma una postura paternalista frente a las instancias inferiores²⁵. Esta tendencia a la glorificación personalista de los jefes está correlacionada con el estilo dramático y sentimental de todas las declaraciones de la guerrilla, con una actitud moralizante frente a los problemas políticos, con la idea del heroísmo diario como contenido de la vida y con la adopción de pautas de comportamiento irracionales y atávicas para los asuntos cotidianos.

Este menosprecio de aspectos racionales prolonga la tradición latinoamericana del culto al héroe, que, a su vez, es inconcebible sin su génesis hispano-católica. Este culto, rico en palabras y gestos, se basa en una idea atávica del honor y está dirigido a acontecimientos momentáneos y muy rara vez a una perspectiva de largo plazo; está entremezclado con el melodrama y la manía publicitaria. En los escritos del Ché Guevara, la preocupación por el heroísmo diario y por la «entrega total a la causa revolucionaria», así como el desvelo por la muerte correcta, fructífera y genuinamente revolucionaria, ocupan un puesto eminente en su código de valores²⁶. La cercanía a la muerte, y hasta su idealización y glorificación, determinan los valores preconscientes y, por lo tanto, muy profundos de la ética guerrillera; esta relación tradicionalista con la muerte se diferencia radicalmente del destierro de la muerte en la vida cotidiana de la sociedad industrial moderna.

Violencia en cuanto elemento substancial de la identidad colectiva

La preservación de numerosos esquemas irracionales de comportamiento provenientes de la sociedad tradicional indica un elemento central del guerrillerismo y, hasta cierta medida, de todo el movimiento revolucionario latinoamericano: la conservación de rígidas jerarquías y de relaciones inequívocas de dominación dentro de estas agrupaciones. Característico para este asunto es el nexo muy directo y po-

²⁵Arenas: op. cil. (nota 10), pp. 133-135; Enrique Valencia: *Notas para una sociología de la guerrilla*, en: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 32 (1970), N° 2, pp. 335-355; Víctor Manuel Moncayo el. al.: *Entre la guerra y la paz. Puntos de vista sobre la crisis colombiana de los años 80*, Bogotá, CINEP, 1988; sobre el caso peruano: Eugenio Chang-Rodríguez: *Sendero Luminoso: teoría y praxis*, en: *Nueva Sociedad*, N° 89, mayo/junio de 1987, pp. 152-162; Carlos Iván Degregori: *Sendero Luminoso: El desafío autoritario*, en: *Nueva Sociedad*, N° 90, julio/agosto de 1987, pp. 25-34.

²⁶Ernesto Che Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba*: loc. cit. (nota 8); Guevara: *Message to the Tri-continental*, en: I.L. Horowitz et al. (comps.): op. cil. (nota 7), p. 615. Crítica psicoanalítica a las posiciones de Guevara: Martin Ebon: *Che: The Making of a Legend*, Nueva York, Universe Books, 1969, pp. 132-140.

sitivo a la violencia inmediata, un nexo que no contiene la superación a largo plazo del empleo de la fuerza dentro del contexto social, sino que coadyuva a su idealización y perpetuamiento. El rol constitutivo de la violencia en la formación de la identidad revolucionaria se manifiesta indubitablemente en la exaltación de la misma bajo diversos modos: no solamente se le atribuye una función emancipatoria e igualadora, sino también una virtud de integración social y de construcción de identidad colectiva. La violencia física parece entonces como la expresión de la virilidad de una agrupación y hasta como la encarnación de la autoconciencia; para Fals Borda²⁷ es la comprobación de la «vitalidad» de las sociedades latinoamericanas en sus esfuerzos por el progreso y la autorrealización. El uso de la violencia es considerado como la expresión de sensibilidad social y como el modo adecuado de responder a las necesidades de autonomía y desarrollo con los medios de la propia tradición. La violencia personificada por la guerrilla adquiere la figura de un instrumento del cambio social, tan necesario técnicamente como culturalmente propio, en razón de lo cual se origina una justificación doble del uso de fuerza: por una parte, la violencia sería el único camino para quebrar estructuras sociales injustas y solidificadas, por otra, ella correspondería cabalmente al «espíritu nacional». Fals Borda legitima la vía tomada por la guerrilla, porque las circunstancias no permitirían otra alternativa, y porque la violencia sería el método adecuado en la búsqueda de «dignidad y justicia»; la crueldad de la lucha dependería de la reacción de los estratos privilegiados²⁸. Esta actitud tan difundida lleva a descargar toda la responsabilidad por la dureza de la lucha sobre el «enemigo de clase»; la proporcionalidad de los medios es un tema de reflexión que nunca ha causado a los dirigentes guerrilleros el más mínimo dolor de cabeza.

La utilización de valores tradicionales y anticuados, la idealización de la violencia y la adopción acrítica de metas del mundo metropolitano por el movimiento guerrillero latinoamericano, ha ocasionado esa combinación híbrida de aspectos modernos y ecniscistas con elementos tradicionales y reaccionarios, destruyendo así la esperanza en un orden genuinamente emancipado, ya que esa combinación perpetúa la ilibertad constitutiva de los actuales sistemas sociopolíticos bajo un manto revolucionario. Esta problemática no tiene un interés puramente académico, porque sin la dimensión de la libertad política y de la conciencia crítica, la abolición de estructuras y relaciones injustas no podrá superar la injusticia secular, es decir, la impotencia del individuo frente a las poderosas instancias anónimas de la econo-

²⁷Fals Borda: op. cil. (nma 17), p. 50.

²⁸ Ibid., p. 49 ss., 57; sobre el caso peruano cf. Hugo Neira: «Violencia y anomia: reflexiones para intentar comprender», en: *Socialismo y Participación*, N° 37, marzo de 1987, pp. 1-13; Raúl González / Carlos Iván Dcgregori: «Una larga agonía», en: *Quehacer*, N° 54, agosto/septiembre de 1988, pp. 48-59.

mía y del Estado, y su dependencia con respecto a las normas convencionales de comportamiento social.